



LIBROS

N. de la R.—Se ruega a los autores y editores que deseen aparezcan las recensiones de sus libros en las páginas de esta revista, que nos envíen dos ejemplares de cada obra, a no ser que se trate de ediciones muy caras.

CUEVAS, Mariano S. J.— "*Historia de la nación mexicana*", Tomo II Buena Prensa. México D. F. (1953), (23x17 cms., págs. 518).

Aunque el título reza *México independiente*, no se limita el autor, en el presente tomo, a estudiar la preparación y logro de la Independencia, sino que nos lleva, a través de tanta variedad de acontecimientos políticos, índice de vida inquieta de una nación que nace, hasta la guerra con los Estados Unidos, y termina con la dictadura de Santa Anna.

Al hacer el estudio de las causas próximas y remotas del espíritu emancipador aparecen elementos genéricos que convienen a todos los pueblos del Nuevo Mundo, pero los específicos llevan hondamente marcado el sello de una personalidad inconfundible. Aquí valen con más fuerza los argumentos para desacreditar una supuesta influencia del enciclopedia, pues más cierta es la de la Iglesia: "sin el elemento eclesiástico esos indios y esas castas oprimidas hubieran deplorado su situación hasta la fecha y quedándose con sus deseos de independencia nunca realizados". Aunque la afirmación nos parece un tanto audaz, nos da el hecho de una Iglesia que ayuda a los oprimidos en sus cuerpos y en sus almas.

Una prueba de la influencia eclesiástica la dan tanto Hidalgo, Morelos y Matamoros —y otros tantos—

como el espíritu cristiano de Iturbide y demás revolucionarios de la primera hora. A los primeros los enjuicia el P. Cuevas imparcialmente, condenando los excesos de Hidalgo, por ejemplo. Para Iturbide guarda palabras de gran encomio, y su simpatía por el Emperador de México parece ser común entre los católicos mexicanos que quieren rehabilitar a este héroe de la patria.

Está bien reflejada, siempre con las demostraciones de extremosidad a que se presta la pluma del jesuita mexicano, la época que subsigue a la liberación. En ella aparecen todas las miserias de la política y de los militares —muchos de ellos— mexicanos. Frente a un Victoria o un Guerrero no falta un Herrera, pero lo cierto es que los políticos católicos se dan a cuentagotas.

Hay capítulos adicionales que tratan de la vida social, de los depraves y de las bellas artes en México, pero es aplastante, como no podía menos de serlo, la importancia que se atribuye a la vida política, tratándose de tiempos tan agitados.

J. M. G.

RODRIGUEZ VEGA, Eugenio.— "*Apuntes para una sociología costarricense*". Editorial universitaria, San José, Costa Rica (1953); (21x14 cms., págs. 132).

El espíritu sincero que destila toda la obra se echa de ver ya en la In-

roducción; por eso acogemos con simpatía cuanto este joven escritor nos propone después. Confiesa que sus ambiciosos proyectan sobre un tema tan amplio y tan equívoco como es el de la sociología —palabra a la que intenta dar su verdadero sentido—, quedan por ahora en esta tesis presentada para obtener la Licenciatura en Leyes, pero no renuncia a ellos, pues estas líneas generales que propone como base de estudios ulteriores, no son simples “ocurrencias” sino fruto de continuas observaciones. El trabajo encierra tres partes: análisis del individualismo costarricense, orígenes y consecuencias; conclusiones sobre la “manera de ser” del pueblo tico con un estudio sobre las generaciones; y, por fin, estudio de las clases sociales con anotaciones sobre el concepto actual de “clases”.

El caso de Costa Rica es interesante en la historia de América; lo que en tiempos de la colonización pudo verse como un enorme defecto —escasez de población y miseria general— ha tenido, es verdad, consecuencias en la vida social hasta hacerla reacia a la organización en fuerza de la timidez y de la política personalista de sus habitantes, pero le han dado también el que pueda ser mirada como una nación modelo de democracia en la que puedan fijarse nuestros pueblos jóvenes para superar su retraso psicológico que estriba en una aristocracia, anacrónica y fatal “que su riqueza y sus millones de indios les trajeron”. Algunos rasgos que el joven investigador descubre en sus connacionales los creemos encontrar también entre los salvadoreños: no precisamente la ausencia de espíritu de empresa que lo diferencia de los demás pueblos del istmo, pero sí la suavidad —común entre los americanos— y, sobre todo, el ser ambos, pueblos sin emociones visibles. En su nota sobre las generaciones, habla el espíritu joven que presenta

como una solución al extremado individualismo la del 48. No sabemos si por modestia o por desconocer experiencias posteriores, el autor, al estudiar las clases y encontrar una preponderancia de la media que influye notablemente en las dos extremas y que es parte del secreto de esta psicología envidiable, pese a sus defectos, termina con una expresión de dolor porque un país tan apto para el desarrollo social no haya intentado aún una política de gran empuje. Pues nuestro juicio es que todo parece predecir que ese medio tan bien dispuesto para una democracia ejemplar ha alcanzado “la voluntad ordenadora” que añora el autor para que a su pueblo, lo “discipline y lo lleve, conscientemente, a la conquista definitiva de la libertad y de la justicia social”

Sólo llamamos la atención sobre una dependencia, quizás excesiva, del léxico sociológico y de opiniones ajenas que restan personalidad; puede que el carácter sintético y exigencias extrínsecas le hayan forzado al escritor. Casi al final del trabajo nos extrañamos de unas palabras: “Es evidente que los principios religiosos no se comprenden, ni arriba ni abajo de la escala social, ni, por otra parte, es cosa que importe mucho: la religión es, ante todo, un sentimiento; y se transforma en lógica fría cuando pretende hacerse racional”. Palabras que hemos querido salvar con el apelativo de “equivocas” pero en cuyo empeño hemos sido defraudados a fuer de sinceros. Esperamos alguna aclaración del autor, pero mientras tanto no podemos menos de reprochar su ligereza al generalizar en asunto de tanta monta. ¿Se ha guiado por la experiencia? Y suponiendo que la propia le hubiese dado esto, ¿había motivos suficientes para dar por común ese “sentimiento” y su transformación en “lógica fría”?

J. M. G.